

“LOS DEL PRIMER PISO Y SEGUNDO PISO”

Los caminos culturales en el cono sur de Lima

Por: Luis Mujica Bermúdez

La intención.

Los procesos en la cultura son imperceptibles en el corto plazo y apenas pueden verse las diferencias en un mismo contexto. Sin embargo es posible distinguir a los diversos actores sociales que comparten el mismo clima cultural y contribuyen a su sostenimiento y su transformación. En este proceso la “experiencia” y el “proyecto” de unos y otros son dos factores que constituyen a hacer la *diferencia*, que es la que permite reforzar la formación de un mismo ámbito social. Para poder desarrollar estos aspectos necesitamos definir los términos cultura, experiencia y proyecto, y restablecer algunas relación entre estos.

En primer lugar, por *cultura* entendemos los “sentidos comunes” compartidos por los integrantes en un mismo ámbito; éstos sentidos son socialmente construidos y reforzados por un conjunto de símbolos y patrones que facilitan la interacción de las personas y el orientar la vida social en un *clima cultural*. Este espacio es hecho temporalmente por las personas que tienen “experiencia” y “proyectos” que les permite participar activamente en él. La estabilidad del clima cultural depende de la admisión de la diversidad, necesaria en su estructura, y el reconocimiento de los ritmos particulares, los que son manejados institucionalmente; por supuesto el clima cultural puede resultar fluctuante y en el corto plazo puede incluso ser caótico y anómico. Los cambios se deben, por un lado, a factores endógenos, dentro de un proceso entrópico que tiende a empobrecer y rigidizar los modos de pensar y actuar de las gentes y, por otro lado, a factores exógenos que permiten la introducción de elementos externos en su seno, producto de acomodamientos pero también de reinterpretaciones sincréticas de las partes.

En segundo lugar, la “experiencia” es un *referente cultural* importante en la vida de la gente y tiene como finalidad mostrar una identidad afirmada históricamente y el dar estabilidad a los grupos que se reconocen gestores de dicha identidad. La “experiencia” está conformada sobre

todo por un conjunto de cosmovisiones, prácticas sociales y valoraciones. Las cosmovisiones constituyen el bagaje de elementos tradicionales y modernos que refuerza una imagen construida míticamente. Las prácticas sociales, en este contexto, son las costumbres aprendidas e interiorizadas, que unifican el comportamiento social. Los valores son las pautas que legitiman las prácticas y dan un significado real a las cosas, considerándolas como un conjunto representativo y real frente al mundo.

En tercer lugar, los “proyectos”, por su parte, son un conjunto de aspiraciones personales o colectivas que toman formas culturales y son las que se fundamentan en la “experiencia” inmediata, y se presentan como una visión general, como un posible valioso y que tiene una función teleológica para el conjunto de las personas. Los “proyectos”, individuales o colectivos, son expectativas y posibilidades de realización más que arraigos y seguridades en el pasado. Tienden a subrayar sobre todo la elección de los medios que sean necesarios y válidos para dar continuidad al proceso.

Finalmente, la “experiencia” y el “proyecto” son sólo dos caras del mismo clima cultural, donde la memoria histórica colectiva y el deseo de cambio protagónico otorgan un sentido a la práctica social, realizada parcialmente en el presente y que busca una forma de desarrollo colectivo. La relación entre los *dos factores* se da en proceso continuo pero también de ruptura más o menos clara. Es un proceso continuo en la medida que las generaciones nuevas forman su identidad sobre la base de las anteriores generaciones y que tratan de mantenerlas en tanto que le son funcionales a sus “nuevas” aspiraciones y que, nuevamente, se constituyen en soporte de las siguientes generaciones. Es también una ruptura en el proceso porque las nuevas generaciones se *diferencian* y se *distancian* de las anteriores en sus maneras de entender sus propias relaciones y estructurar la sociedad material de un modo cualitativamente diferente.

La oportunidad.

Una vez vistas las consideraciones anteriores, este artículo se ocupa de la percepción de la cultura por parte de dos generaciones, es decir, de los migrantes y sus hijos nacidos en la nueva tierra, en una población al sur de Lima Metropolitana¹. Esta zona ha sido escenario de

¹ El marco inmediato en el que se realizaron los grupos focales para este artículo es la escuela de formación cristiana, organizada por la diócesis de Lurin para los pobladores alrededor de San Juan de Miraflores. En los grupos focales participaron entre 15 y 17 personas, de ambos sexos, todos mayores de edad. Mas de la mitad de los participantes eran casados, en su mayoría hijos de migrantes (invasores o compradores de terrenos) y algunos migrantes antiguos y recientes. Los grupos focales se realizaron entre

realizaciones y cambios sociales durante los últimos treinta años y que han modificado no sólo el medio ambiente donde vive la gente, sino también ha sido objeto de un reconocimiento a nivel internacional². Los primeros pobladores en general eran migrantes provincianos³ que “invadieron” el lugar y se establecieron lentamente en medio de grandes dificultades, logrando construir poco a poco el “primer piso” de su casa para albergar a su familia⁴. La siguiente generación, conformada por los hijos de los migrantes, encontraron pocas posibilidades para expandirse horizontalmente, y **en su** lugar han ido construyendo el “segundo piso” sobre la casa de sus padres; es decir, la “experiencia” y el “proyecto” de un modo u otro han ido conformando un mismo proceso cultural inédito. La coexistencia de ambas generaciones ha permitido preservar muchos elementos de la tradición pero también incorporar legítimamente los aportes que provenían de la segunda generación. La convivencia de los portadores de la “experiencia” y los promotores del “proyecto” se encuentra en un proceso irreversible de transformación cultural con características y significados propios.

La metáfora de los “pisos” tiene una ventaja; distingue a dos generaciones dentro de un mismo contexto y en el mismo proceso. La primera generación se caracteriza fundamentalmente por su carácter pionero, adaptativo y de domesticación del medio ambiente, vale decir por la acción fundadora y estructuradora de una organización social con un conjunto de principios y valores que están en la base de la sociedad y que sirven de soporte al grupo mismo y a los que vienen luego. Las siguientes generaciones, en cambio, teniendo como fundamento la experiencia de sus predecesores, se caracterizan por su carácter afirmadora de una identidad plural pero también por su acción reestructuradora de las relaciones sociales, con criterios y valores cualitativamente diferentes a los anteriores.

El proceso en conjunto puede, por una parte, ser considerado como de “integración” a la sociedad mayor llamado ciudad y, por otra parte, también puede tratarse de un proceso de “consolidación” de un segmento social. Sin embargo, estos aspectos no son opuestos, forman parte de una misma densidad social, en la medida que diversos actores intervienen

el 7 y 10 de agosto del 2000 y contó con la asistencia de Mariela Carnero, estudiante de Maestría de Antropología en la Pontificia Universidad Católica del Perú.

² Los distritos de Villa María del Triunfo (1961), San Juan de Miraflores (1965) y Villa El Salvador (1983) son tres distritos con un similar proceso de formación. Los tres distritos cuentan con cerca de 800,000 habitantes (INEI, 1993). Villa el Salvador fue premiado con el “Príncipe de Asturias”.

³ Ver por ejemplo, Cesar Vallejo: una historia y realidad para contar. Centro de producción y documentación radiofónica. El Día del Pueblo, 1986.

⁴ Tomás Burns en un breve apunte en relación a la preocupación pastoral que lleva por título: “Segundo piso-Tercer milenio”, considera que el “primer piso” de la casa está siendo habitada por los que fueron los “invasores” o primeros moradores y en el “segundo piso” está la “nueva generación” compuesta por los hijos de los migrantes, que son alojados o inquilinos.

dialécticamente elaborando un mismo *clima cultural*. Las maneras de hacer la cultura requieren de elementos materiales y de valores legitimadores, pero también de una producción simbólica que permita mantener una identidad para diferenciarse de otros y afirmarse localmente. Aunque para la primera generación los factores materiales han tenido un peso prioritario, para la segunda generación los valores, como el de reconocimiento y la autonomía, son fundamento de su misma existencia social. Los elementos de integración materiales requiere de un tratamiento diverso, que supera largamente estas notas, aquí solo se consideran los factores valorativos que constituyen parte del imaginario colectivo que intentan “consolidar” las identidades parciales o fundamentar la identidad de una cultura plural.

En esta perspectiva, por ello, se toman en cuenta las autopercepciones que los pobladores tienen sobre algunos aspectos de su vida. Dichos aspectos, de una parte, están relacionados con los problemas, las expectativas y los ideales de los pobladores; de otra parte, tienen en cuenta las relaciones en la pareja, en la familia y en el trabajo; y, finalmente, también se toman en cuenta algunos rasgos de la dimensión religiosa y la ética de los participantes. Por tanto, el presente artículo establece las diferencias y las semejanzas entre dos generaciones que, formando parte de un mismo contexto o clima cultural, presentan rasgos distintivos pero no “distanciadores”. Dicho de otro modo, el clima cultural está conformado por la participación de grupos diferentes, los que interactúan dinámicamente sin cesar tratando reordenar sus relaciones en un horizonte social más amplio y diversificado⁵.

De las aspiraciones materiales a las personales.

Las aspiraciones pueden ser personales o colectivas; pertenecen al mundo de los deseos, de las expectativas y de las posibilidades de realización, que generalmente se mantienen de manera implícita y algunas logran plasmarse o reformularse con el tiempo, otros mantienen a las personas en un horizonte inenarrable. Las aspiraciones pueden ser de orden material y no material, y además suelen presentarse como demandas y necesidades, existenciales y axiológicas (Cf. Max-Neff 1986).

Las aspiraciones de los primeros pobladores están marcadas sobre todo por la *utopía* y la *urgencia*. Por una parte, la búsqueda de satisfacciones no sólo consiste en “tener cosas” sino también poner en juego la capacidad de elegir libremente, para demostrar que uno quiere y puede sentirse realizado por el solo hecho de salir de su lugar de origen. Pues, dejar un espacio

para mudarse a otro ha implicado en cada poblador sopesar las alternativas existentes y decidir autónomamente por plasmar sus sueños no solo en el campo onírico sino sobre todo en el campo empírico. La salida del barrio o del callejón estrecho para llegar a las pampas desérticas, que se asemejaban mucho a la primera gran experiencia de migración del pueblo de origen, fue también una opción necesaria y impostergable que tenía como miras fundar un lugar “definitivo y propio”. Por otra parte, la estrechez y la escasez eran factores que no se impusieron a la iniciativa, al riesgo y la praxis de la realización de un espacio diferente que debía ser construido intersubjetivamente. Aunque muchos tuvieron dudas, éstas no paralizaron la iniciativa y encontraron en el grupo un mecanismo importante de reciprocidad que les abría mayores posibilidades y ser más libres. La decisión de dejar lo conocido para buscar algo diferente implicaba “enfilarse” (poner en fila) asumiendo un cierto grado de inseguridad, de “sacrificio” y también de orgullo y amor propio, para sentar las bases de la futura sociedad. La urgencia se hizo camino e invasión, pero también expectativa y realización.

La utopía de los migrantes-invasores estaba, por tanto, orientada a montar las condiciones de vida inmediata; la señal más clara de aquella orientación debía manifestarse en el progreso como un hecho inminente, es decir en la modificación del lugar geográfico (arenal) en un espacio social (pueblo). La seguridad colectiva consistía en tener acceso a elementos materiales y sociales, como tener un lote de tierra y tejer un vínculo regular, como propietario y vecino, con los otros copartícipes. Como alguien decía, “las cosas se hacían porque había una utopía haciéndose y concretándose en lo cotidiano”. Las urgencias de los invasores-pobladores, por ello, se imponían como ineludible en la marcha, incluso llegaban a hipotecar algunas dimensiones de su vida personal o familiar. Pero una vez establecidos en el terreno idearon formas de auto sostenimiento y “bienestar” familiar con el propósito de cubrir lo inmediato y lo mediato: la ciudad. Este debía ser un espacio que debería cubrir aspectos impostergables, como la alimentación, el techo de una casita, la educación de los hijos, la seguridad social y política, el recreo, un jardín verde, etc.

En cambio, las aspiraciones de los hijos de los migrantes-invasores, aunque en una primera etapa se centraban en la parte material, estaban orientadas sobre todo a la búsqueda de la *realización personal* antes que en la colectiva. Lo colectivo era una tarea del estado a través del municipio. Los hijos tenían preocupaciones que no eran necesariamente las de los padres. Si los ideales paternos estaban orientados a resolver lo urgente de la familia, los de los hijos eran el de “encontrarse consigo mismos” (Gutiérrez 2000). Para los hijos de los invasores-pobladores

⁵ Las afirmaciones hechas sobre los del “primer piso” se basan sobre todo en las versiones vertidas por

no era suficiente el lote de terreno y el reconocimiento legal del mismo; se imponía la necesidad de tener una casa donde vivir de manera “decente” y “como uno quiere sin que te critiquen otros”. Esto implicaba no sólo mejorar el hábitat y tener ciertas condiciones para una realización individual, sino también contar con la presencia de patrones sociales diferentes. Dentro de este proceso la dimensión utópica de los pobladores del “segundo piso” tendían a individualizarse, porque contaban con suficientes elementos que los padres habían afirmado y era la base sobre la cual los hijos debían seguir construyendo para no padecer penurias y practicar el derecho a tener un lugar donde vivir. Los padres habían arrancado este derecho al Estado mediante el conflicto.

Las aspiraciones de los padres y de los hijos pueden colocarse en una secuencia y, en cierto sentido, son complementarios por que forman parte de un mismo proceso. Sin embargo, los hijos son muy conscientes que el lugar donde viven “no les pertenece” y están pensando en tener “su propio lugar”; incluso el principio “un lote un voto” ha sido cuestionado por los jóvenes que buscan participar directamente en los procesos electores internos. Entre tanto la utopía de la nueva generación está centrada en disfrutar el gusto de ser y de reconocerse con derechos pero no necesariamente con deberes. Los hijos no han cancelado necesariamente la perspectiva de los padres, pero sienten que las condiciones siendo mejores no responden a sus aspiraciones personales y de familia. Sin lugar a dudas, muchos prueban la suerte migrando a otros países, pues tienen suficiente experiencia y que de todo modos “serán mejores” y tendrán mejores condiciones que el país no puede proporcionarlas aún.

De la solidaridad a la fragmentación.

Para los padres migrantes-invasores-pobladores la construcción de un hábitat ha sido un reto colectivo e individual a la vez. Diversas formas de reciprocidad estuvieron presentes en la hechura del tejido de la ciudad. De hecho la construcción del “primer piso” fue una trama fundamentalmente familiar y social. Las tareas colectivas cubrían las carencias de los servicios básicos, la inseguridad social, el aislamiento y la ruptura de muchos lazos familiares. El arribo a un lugar inhóspito supuso enfrentar, acomodarse y adaptarse a un medio físico agreste, sostenido por el “apoyo” del familiar, del compadre, del paisano o finalmente del vecino. Superar la escasez de recursos básicos como el agua, la alimentación y el fluido eléctrico fueron los objetivos que hicieron movilizar de diversas maneras a los padres. Las formas comunales de cooperación fueron las más apropiadas y fueron eficaces. Cada miembro

actuaba convencido que “si se hacía un poco más de esfuerzo” podría lograr lo necesario para el sustento familiar. Esta fue la ocasión que sirvió de base para construir los linderos del espacio privado, y fue mediante la participación colectiva (Vega Centeno 1992).

A pesar que los padres encontraron en el proceso factores que no generaban mucha seguridad personal y familiar no cesaron en el propósito de construir simbólicamente espacios de seguridad social como locales comunales, escuelas provisionales, locales parroquiales, campos deportivos, etc., sustentados en la “dirigencia” de cada forma de organización. Los factores de inseguridad eran el miedo al riesgo y a perder lo que habían logrado en los primeros momentos, también la inseguridad por los trámites burocráticos de reconocimiento formal, por los manejos de grupos de personas interesadas en controlar económica o políticamente el sector, y la presencia de una relativa amenaza de violencia policial.

Los primeros pobladores padecían deficiencias en el nivel informativo, estaban relativamente aislados por la escasez de medios de comunicación y de transporte, pero tenían un mecanismo suficientemente importante de interacción vecinal. Este mecanismo permitía crear redes de transmisión de información sobre diversos temas, aunque no siempre mantenían la objetividad de la noticia. Eso era lo más importante, la ciudad iba construyendo reinterpretando constantemente su identidad. Una de las redes más importantes de este sistema ha sido las familiares, las que con suficiente “valor experiencial” sirvieron como sustento y de apoyo mutuo, sobre todo en los primeros momentos. Sin embargo, estas redes, en muchos casos, tuvieron que romperse, por que las familias fueron dispersadas por la distribución de lotes por sorteo y más tarde por los muros de ladrillos que fueron dividiendo el terreno en pequeñas cajas cerradas con puerta y una ventana a la calle para ver pasar a los vecinos. Las redes familiares en el inicio fomentaban con relativa seguridad el desarrollo individual de los hijos.

No se puede dudar que la “historia colectiva” de los padres ha estado presente en construcción de la conciencia y la afirmación de los derechos de los hijos. En primer lugar, porque éstos han sido *testigos* de los avatares de sus progenitores y de sus formas de organización y sostenimiento cotidiano y, en segundo lugar, porque ellos mismos eran los *sujetos* que formaban parte de un único proceso que no sabían cómo iba a continuar. Como es obvio, los padres no lograron resolver todos los problemas relativos a las condiciones materiales de subsistencia y de seguridad. Las deficiencias en este nivel se mantienen aún y las nuevas generaciones no podían dejar de preocuparse por este aspecto, pues la cuestión sigue latente.

Con el tiempo, los hijos que buscaban independencia tendían a “construir el segundo piso” en la casa de los padres porque no había más espacio y daba mucho “roche”⁶ vivir en el mismo ambiente. Construir en el segundo no significaba, sin embargo, ser necesariamente los propietarios de dicha propiedad. Los padres seguían teniendo el derecho sobre dichas propiedades, pero también los hijos tenían razones suficientes para sentirse con el derecho a heredar y reforzar su identidad. El problema habitacional no era el único o el más importante de las cuestiones para las nuevas generaciones.

La desocupación y la subocupación son dos malestares sociales que tuvieron que enfrentarse con prontitud. A diferencia de los padres, que tendían a tener una ocupación dependiente en fábricas o empresas, las nuevas generaciones se encontraban con una realidad diferente donde para sostenerse tendían a generar su propio espacio laboral. Las urgencias económicas empujaban tanto a los padres como a los hijos a tener que multiocuparse “en cualquier cosa”, incluso hipotecando el tiempo libre y el tiempo familiar, para dar mayor tiempo a actividades de subsistencia. La relativa “unión familiar” de los primeros tiempos había empezado a resquebrajarse y tendía a desaparecer. Los padres y los hijos se autoperciben como quijotes “peleando solos” o peor aun como cazadores o recolectores en una “selva citadina” buscando qué llevar al hogar (Nugent 1991).

Esto dice mucho del carácter de una sociedad donde la fragmentación es una consecuencia social y donde la escasez y la precariedad contribuyen a construir un medio como “naturalmente” escindido. En este contexto cultural las organizaciones sociales que habían permitido logros importantes en su momento dejaron de operar y tener un significado. Incluso la junta de vecinos, que tenía un fuerte significado para los pobladores, ya no lograba reunir a sus miembros, los locales comunales eran poco frecuentados, las organizaciones de mujeres resultaban funcionales a las demandas urgentes. La sensación de fractura social es vivida intensamente en el seno familiar; en la práctica, la familia se convertía en una “micro-empresa” dotado de un “capital” que algunos piensan está en los terrenos que tienen, cuando en realidad el único capital real con el que cuentan es la “fuerza laboral” o el “conocimiento” de la experiencia y de la capacitación. La casa de los padres muchas veces queda convertido en una tienda-dormitorio, donde se “generan recursos” y los hijos “regresan a dormir” después de su “trabajo”. Los miembros de la casa se van considerando como “clientes hogareños”. De este modo los miembros de las familia están obligados a vivir con lógicas propias en un mismo espacio cultural.

⁶ “Roche” es sinónimo a vergüenza pero también a temor.

En este contexto, los factores de inseguridad para la familia han aumentado notablemente junto con diversos mecanismos para enfrentarlos. Las inseguridades de carácter social, como las formas delictivas, con un sello de impunidad, dejaban abierto un campo para la violación de los derechos humanos en diversas formas y grados. A estas expresiones se añade la sensación de perplejidad y de fruición frente a la información sesgada y muchas veces malintencionada de muchos medios masivos de comunicación. Frente a estos problemas son enfrentados por los pobladores con posturas de acomodamiento o aislamiento, las que les permite convivir en un espacio de manera negociada, donde el límite de lo permitido está defendido por la tolerancia propia de una sociedad plural sin derroteros comunes ni instituciones de referencia, y que la única forma posible de salida consiste en reforzar el sistema de individuos con derechos a elegir y decidir para ser “uno mismo”, tanto en el campo de la economía y la política como en el espacio de la religión.

En este ambiente de fragmentación social el individuo aparece, por lo tanto, como el único “animal racional” que puede subsistir, creando una suerte de prototipo cultural preparado para el riesgo y la “aventura de los negocios”. Además, el anonimato y el silencio personal se va convirtiendo en la regla general de “convivencia”. Pocos quieren decir algo sobre hechos flagrantes y evidentes que ocurren en la vida cotidiana. Por lo general el lenguaje de la vida cotidiana expresa escasez y falencia: “falta de seguridad”, “falta de valores” o “falta de democracia”, por lo tanto la seguridad personal corre peligro en la medida que no existe instituciones que den garantías suficientes a quienes participan del grupo. La solidaridad que en otro momento había sido el motor de la historia colectiva, se va convirtiendo en un factor instrumental para la desarrollo individual. Pero esto no significa que haya desaparecido las expresiones sociales de trabajo colectivo o comunal, se mantiene latente en las “polladas” o “picarbonadas” que se hace “pro-familia” de tal o cual.

De dependientes a independientes.

La cultura laboral de los pobladores del cono sur de Lima, además de estar respaldada en moldes andinos, tenía como marco legal la “estabilidad laboral” en la que muchos estaban insertos, por su actividad en alguna fábrica. La sociedad había construido ciertas reglas de confianza jurídica que daba a sus trabajadores una relativa estabilidad laboral que incluso les permitiera jubilarse. En este margen, lo más importante era desarrollarse bajo normas legales aunque sean poco favorables al trabajador. Incluso el “ser obrero”, en cierto sentido, constituía

un título “nobiliario” de prestigio entre los pobladores, que era parte de la “experiencia” que les permitió organizarse como colectividad. La condición de proletario permitía a los pobladores-vecinos pertenecer a un sector de “luchadores sociales” en conflicto constante, en los centros laborales que generaban dependencia (Parodi 1986).

De hecho, un conjunto importante de pobladores tenía la experiencia de dependencia en el mundo laboral. En este mundo el obrero podía enfrentarse al “enemigo” para obtener mejores condiciones de vida como una clase social reconocida. Como organización podía negociar con la “patronal” y también podía “representar” a un movimiento social vigoroso. Dentro del ambiente laboral los trabajadores estaban motivados por lazos igualitaristas; el tratamiento de “compañeros” afirmaba una identidad diferenciadora sobre todo cara al mundo externo, aunque el tratamiento jerárquico estaba relegado a las relaciones con los empleadores. Sin embargo, dentro del mundo de los compañeros existía también relaciones de subordinación que reproducían los patrones disciplinarios de la fábrica o el centro laboral. Los conflictos en ambos casos se mitigaban mediante los incentivos privados o colectivos. De algún modo el centro laboral era un espacio donde la tensión devenía conflictiva y los trabajadores sentían que podrían “lograr algo” de “alguien”, valiéndose de mecanismos de diversa índole.

En cambio, las relaciones laborales de los habitantes del “segundo piso”, han ido cambiando tanto en la estructura como en las formas. Para los hijos de los migrantes el “trabajo” además de ser un medio de subsistencia en la “selva citadina”, ha ido considerándose también como un ámbito de realización personal y profesional. En cierto sentido las “dependencias laborales” o espacios de trabajo tienden a disminuir formalmente y si las hay se dan bajo condiciones temporales y esporádicas y con pocas posibilidades de ascenso social. Esta realidad ha ido obligando a las jóvenes generaciones a iniciar el camino de la independización y la transformación en trabajador-empresario, experiencia que está acompañada de difíciles procesos de aprendizaje y de normas político sociales que no favorecen el desenvolvimiento personal.

El trabajo independiente supone un trato diferente en las relaciones sociales. El *respeto* y la *amabilidad* suelen ser los mecanismos de tratamiento que deben mantener con sus clientes si quieren prosperar. En realidad, como dicen las jóvenes generaciones, los padres han hecho lo que han podido para que los hijos pudieran ser “más educados”. El diferente trato en las relaciones implicaba haber establecido una “empresa”, no importa cual sea su magnitud, lo

importante es que cuentan con un “capital” y con un grupo de “trabajadores” (Adama-Valdivia 1994).

Sin embargo, la “independencia” de un medio laboral, por procesos de fragmentación e individualización, se convierte en un espacio que genera “dependencia” a otros, donde los obreros y los trabajadores de otros tiempos se convierte en los “freelanz” de la economía de subsistencia, si es que no son los nuevos “amos” de la “empresa familiar”. Las nuevas estructuras de “trabajo independiente” no han cambiado radicalmente, pues la explotación y la sobre explotación de los “cachueleros” se mantienen bajo la misma estructura jerárquica y discriminatoria de las fábricas que los padres habían experimentado. Muchos de los “trabajadores” son parientes cercanos de los “nuevos empresarios”, y las relaciones están sujeto al criterio del dueño y éste está supeditado a las normas del mercado y la legislación laboral neoliberal.

De la costumbre al reconocimiento.

Las relaciones en la familia y las de género también han ido modificándose paulatinamente en la medida que se establecen patrones de reconocimiento de derechos y de respeto y tolerancia. Los migrantes-invasores-pobladores-vecinos construyen familiarmente la ciudad. En este ambiente las costumbre prevalecen y condicionan fuertemente las relaciones interpersonales. El régimen “patriarcal” es el que predomina las formas de relación en la vida familiar (Fuller 1997). Los varones por lo general eran “poco expresivos y comunicativos”, sus sentimientos eran poco conocidos y sus actividades estaban sobre todo orientadas al trabajo para dar de comer a su familia. En este contexto casi siempre el “hombre estaba en la calle” y, por supuesto, la “mujer en su casa”. En las asambleas y reuniones los varones eran “dueños” de la palabra y eran los que tomaban las decisiones.

En el proceso, sin embargo, las personas iban encontrado nuevas normas de conducta y de relación dentro de la familia y con el otro género. El espacio familiar era un espacio importante de socialización para los hijos. No sólo tenían que adaptarse al nuevo ecosistema, sino generar un nuevo contexto cultural: “Nada estaba hecho, todo estaba por hacerse”. Los patrones patriarcales empezaron a resquebrajarse; la esposa y los hijos tenían mayor posibilidad de interacción, tenían más vecinos y más amigos, y esto creaba un clima diferente a lo “acostumbrado”. El esposo no era el único que llevaba el sustento a la casa, los otros miembros

del hogar empezaban también a contribuir en el sostenimiento material de la casa. Por lo tanto, un patrón familiar diferente empezaba a configurarse con rasgos relativamente igualitarios.

Por otra parte, la ausencia del diálogo entre los padres y la inexpresividad de algunos de ellos en el trato no era extraño. Los “celos y el engaño” eran mecanismos sociales que expresaba una mayor interacción entre las personas y la necesidad de sostener el núcleo familiar. La búsqueda del bienestar suponía modificar las maneras de tratarse. El recurso a los castigos no podía seguir siendo el mejor modo de resolver los problemas. No fue fácil que las costumbres “ancestrales”, marcados por normas de convivencia donde las relaciones de dependencia y de dominación seguían presentes, empezaran a sufrir descrédito entre los hijos; éstos tenían que romper con la tradición a través del conocimiento de los derechos individuales.

Para la nueva generación la experiencia de nacer y vivir en un “lugar en desarrollo”, supuso cultivar nuevas relaciones, partiendo de la necesidad de tener una imagen diferente del otro y continuando con el cambio de actitudes y comportamientos frente al otro. No sólo la densidad poblacional implicaba tener normas diferentes para la convivencia, sino también la velocidad de las relaciones implicaba crear nuevas reglas en el trato. Los rasgos de confianza empezaron a desaparecer, para dar paso a nuevos inquilinos y vecinos “raros y extraños” con los que se tenía que compartir un espacio común y generar reglas de convivencia basadas en el respeto de los derechos.

La estructura “patriarcal” se desestabiliza pero sin caer totalmente. Dentro de estas relaciones las mujeres adquieren mayores niveles de conciencia y se crean espacios de autonomía relativa. Tienen mayor confianza en sí mismas, a la vez que se inician en tareas nunca antes pensadas. Diversos espacios sociales permiten a las mujeres de las nuevas generaciones tomar la batuta y el liderazgo de las organizaciones y en muchos casos también la responsabilidad del hogar. En este ambiente los varones comienzan a asumir otras responsabilidades poco tradicionales. Se dice que incluso cuidan la casa, cocinan y se preocupan por la vida cotidiana del hogar. El respeto y la tolerancia habían empezado a ganar adeptos en el campo del reconocimiento y los derechos entre las personas.

De la práctica a la explicación.

Finalmente, en el imaginario social en el terreno de fe y la ética también había empezado a realizarse cambios, se podría decir que las personas no sólo tenían que repetir mecánicamente

sus costumbres sino que también podían argumentar sus propias convicciones. Los pobladores del primer piso como parte del catolicismo tradicional o popular tienen un sistema de creencias que contempla en su panteón a un conjunto de santos, entre los que están el Señor de los Milagros como la imagen central del devocionario local. Esto quiere decir que el poblador no reproduce mecánicamente sus devociones de origen. Sin embargo, la devoción es plural y tradicional, centrado sobre todo en el aspecto ritual y festivo. El nombramiento de un santo como protector o santo patrón en un determinado grupo señala la identidad más o menos cerrada de los grupos alrededor de algunas formas de devoción, pero también muestra la libertad de los migrantes en mantener sus devociones de origen con cierta flexibilidad, pero siempre tratando de mantener su “costumbre”.

El ciclo de celebraciones de los migrantes es anual y ponen énfasis, por lo general, en una o dos celebraciones, donde las prácticas están regidas por una serie de obligaciones de reciprocidad. Los devotos mantienen en muchos casos el sistema de cargos; este mecanismo implica reconocer una función importante en la reproducción del sistema religioso y social. La “redistribución” de las riquezas “ahorradas” sigue siendo una forma pero menos pesada para los devotos, en tanto que el número de participantes tiende a reducirse. En este cuadro muchas iglesias, y de manera concreta las parroquias cristianas, han tratado de mitigar la “carga” del devoto, catequizando a sus feligreses para dejar de ser pobre sin dejar la fe (Marzal 1988).

Los pobladores del segundo piso, definitivamente, después de los procesos de constitución no sólo entran en un sistema religioso sino lo hacen en uno más complejo, porque en el contexto de formación de la ciudad participan diversas denominaciones religiosas y estilos distintos. Sin embargo, la presencia de la Iglesia católica con una pastoral más social, a través de las parroquias y sus agentes pastorales, que estuvieron presentes acompañando el proceso de la gente, ha sido uno de los factores más importantes en la construcción de una imagen local y que sigue insistiendo en formas de relaciones humanas diferentes a “las anteriores”. La práctica cíclica ritual se ha ido combinando con otras dimensiones de la fe. La participación en la lucha por mejorar los niveles de vida, por las reivindicaciones sociales, la defensa por los derechos humanos, la lectura de la Biblia en comunidades cristianas, etc. ha generado una corriente de sentido compartido donde se hace énfasis en los derechos más que en los deberes.

Un clima de liberación y constitución de una sociedad utópica se había suscitado un ambiente de participación colectiva y diferente. Los padres con reivindicaciones por derechos sociales fueron ganados por la defensa de los derechos individuales de los hijos. En este ambiente la

práctica religiosa era comprometida por los “pobres”. Sin embargo, los santos no han desaparecido, los creyentes tienen más argumentos para dar razón de su fe. La imagen de Cristo aparece como central; la imagen de María como modelo. Se podría decir que el catolicismo tradicional o popular continúa pero con sectores sociales más conscientizados y con actitudes militantes. Pero el conocimiento de la Biblia y la reflexión que se hace sobre ella permite que el ciclo de reuniones sea más seguido y la fe esté también presente en la construcción de la ciudadanía. Las fiestas de Semana Santa y de Navidad son espacios privilegiados para repensar la fe. El ciclo litúrgico se ha intensificado a una reunión semanal, porque la Misa es una de las actividades que “alimentan la fe en comunidad”. Se busca que la fe que profesa cada uno le permita tener una vida coherente consigo mismo y enfrentar los hechos considerados injustos.

Algunas conclusiones provisionales.

Si tuviéramos que hacer un balance del estado del “clima cultural” de la zona donde hemos hecho este breve estudio tendríamos que apuntar algunos aspectos, señalando que se trata de una hipótesis de trabajo, que debería ser completada más adelante.

Las “experiencias” de los “primer piso” se mueven en el campo de las aspiraciones colectivas, altruistas, de solidaridad, pero con fuertes relaciones sociales de dependencia que se expresan en las relaciones familiares y laborales, y en la reproducción de ciertos patrones culturales basados en la tradición, que afirman su identidad en torno a un símbolo rodeados de ritos.

Los “proyectos” de los del “segundo piso”, asentados en los del primer piso, se desarrollan en una sociedad más fragmentada donde las aspiraciones son más individuales, con la tendencia a tener una vida más autónoma, en el conocimiento de los derechos, logros personales y basados en la explicación más que en la repetición de las costumbres.

Tanto los que tienen “experiencias” como los que proponen “proyectos” no están en conflicto. Ambas tendencias forman un clima cultural en proceso de consolidación. La afirmación de los derechos de los hijos se fundamenta en la conquista de los padres. Aunque las relaciones de género no hayan cambiado radicalmente, existen rasgos suficientes para decir que el sistema patriarcal tiende a resquebrajarse en la medida que las personas buscan y proclaman mayor igualdad, no solo en el trato sino en la condición como persona. Las nuevas generaciones tienen más acceso a diversos elementos que la modernidad ofrece y que conducen al desarrollo **más** personal.

Finalmente, la transmisión de la fe de padres se mantiene en un clima tradicional, sin embargo, los hijos tienen espacios diferentes y cualitativamente distintos donde insisten más en el conocimiento de la palabra que en el rito. Este ha sido resignificado y tiene valor porque está ligado a una práctica social de transformación.

BIBLIOGRAFIA:

ADAMS, Norma y VALDIVIA, Néstor.

1994 **Los otros empresario. Ética de migrantes y formación de empresas en Lima.** Mínima IEP, Lima.

BLONDET, Cecilia.

1991 **Las mujeres y el poder. Una historia de Villa El Salvador.** IEP, Lima.

FULLER, Norma.

1997 **Identidades masculinas.** PUCP, Lima.

GRANADOS, Arturo.

1996 **Madresantas y maquiavelas bulliciosa. Mujeres y negociación política.** Calandria, Lima.

GUTIERREZ, Gustavo.

2000 “Desafíos de la posmodernidad”, en: **Páginas** 162. 36-47.

HERZOG, Kristin.

1993 **Finding their Voice. Peruvian women’s testimonies of war.** Trinity Press International, Pennsylvania.

MARZAL, Manuel.

1988 **Los caminos religiosos de los inmigrantes en la Gran Lima.** PUCP, Lima.

MARZAL, Manuel, ROMERO, Catalina y SANCHEZ, José (Editores).

2000 **La religión en el Perú al filo del Milenio.** PUCP, Lima.

MAX-NEFF, Manfred, ELIZALDE, Antonio y HOPENHAYN, Martín.

1986 **Desarrollo a escala Humana.** Una opción para el futuro. Developpement Dialogue, Capaur, Fundación Dag Hammarskjöld.

NUGENT, José Guillermo.

1991 **El conflicto de sensibilidades. Propuesta para una interpretación y crítica del siglo XX peruano.** IBC, Lima.

VEGA CENTENO, Pablo.

1992 **Autoconstrucción y reciprocidad. Cultura y solución de problemas urbanos.** Cenca- Fomciencias, Lima.

PARODI, Jorge.

1986 **“Ser obrero es algo relativo...”. Obreros, clasismo y política.** IEP, Lima.

“LOS DEL PRIMER PISO Y SEGUNDO PISO”

Los caminos culturales en el cono sur de Lima

RESUMEN

Por: Luis Mujica Bermúdez

La “experiencia” y el “proyecto” representan dos generaciones que metafóricamente viven en el “primer piso” y “segundo piso”, respectivamente en la zona sur de Lima Metropolitana. La coexistencia de ambas generaciones ha permitido preservar muchos elementos de la tradición pero también incorporar legítimamente los aportes que provenían de la segunda generación. La convivencia de los portadores de la “experiencia” y los promotores del “proyecto” se encuentra en un proceso irreversible de transformación cultural con características y significados propias.

La metáfora de los “pisos” tiene una ventaja; distingue a dos generaciones dentro de un mismo contexto y en el mismo proceso. La primera generación se caracteriza fundamentalmente por su carácter pionero, adaptativo y de domesticación del medio ambiente, vale decir por la acción fundadora y estructuradora de una organización social con un conjunto de principios y valores que están en la base de la sociedad y que sirven de soporte al grupo mismo y a los que vienen luego. Las siguientes generaciones, en cambio, teniendo como fundamento la experiencia de sus predecesores, se caracterizan por su carácter afirmadora de una identidad plural pero también por su acción reestructuradora de las relaciones sociales, con criterios y valores cualitativamente diferentes a los anteriores.

La relación entre los *dos factores* se da en proceso continuo pero también de ruptura más o menos clara. Es un proceso continuo en la medida que las generaciones nuevas forman su identidad sobre la base de las anteriores generaciones y que tratan de mantenerlas en tanto que le son funcionales a sus “nuevas” aspiraciones y que, nuevamente, se constituyen en soporte de las siguientes generaciones. Es también una ruptura en el proceso en la medida que las nuevas

generaciones se *diferencian* y se *distancian* de las anteriores en sus maneras de entender sus propias relaciones y estructurar la sociedad material de un modo cualitativamente diferente.

Las “experiencias” de los “primer piso” se mueven en el campo de las aspiraciones colectivas, altruistas, de solidaridad, pero con fuertes relaciones sociales de dependencia que se expresan en las relaciones familiares y laborales, y en la reproducción de ciertos patrones culturales basados en la tradición, que afirman su identidad en torno a un símbolo rodeados de ritos.

Los “proyectos” de los del “segundo piso”, asentados en los del primer piso, se desarrollan en una sociedad más fragmentada donde las aspiraciones son más individuales, con la tendencia a tener una vida más autónoma, en el conocimiento de los derechos, logros personales y basados en la explicación más que en la repetición de las costumbres.

Tanto los que tienen “experiencias” como los que proponen “proyectos” no están en conflicto. Ambas tendencias forman un clima cultural en proceso de consolidación. La afirmación de los derechos de los hijos se fundamenta en la conquista de los padres. Aunque las relaciones de género no hayan cambiado radicalmente, existen rasgos suficientes para decir que el sistema patriarcal tiende a resquebrajarse en la medida que las personas buscan y proclaman mayor igualdad, no solo el trato sino en la condición como persona. Las nuevas generaciones tienen más acceso a diversos elementos que la modernidad ofrece y que conducen al desarrollo más personal.

Finalmente, la transmisión de la fe de padres se mantiene en un clima tradicional, sin embargo, los hijos tienen espacios diferentes y cualitativamente distintos donde insisten más en el conocimiento de la palabra que en el rito. Este ha sido resignificado y tiene valor porque está ligado a una práctica social de transformación.